



DISTRIBUIR LA ESCASEZ

El capitalismo está enfermo: Desorden monetario, inflación mundial, insubordinación obrera, descenso de los índices de beneficio. La máquina capitalista responde cada vez peor a quienes la gobiernan. El crecimiento de los veinticinco últimos años se ha basado en la siguiente receta: para poder producir y vender más, innovemos continuamente; es preciso que las Industrias renueven con mayor frecuencia cada vez sus instalaciones y maquinaria. Amortizaciones aceleradas, rotación acelerada del capital y los productos, tendencia inflacionista destinada a evitar la depresión amenazante. Pero la inflación se embala a su vez:

— Hay que pagar cada vez salarios

más altos a los obreros, que se rebelan, conscientes de que se desperdicia su sudor en la producción de objetivos inútiles.

— Las nuevas inversiones resultan cada vez más costosas, puesto que desde Rotterdam hasta Nagasaki, desde Buffalo hasta Marsella, la industria deberá reproducir (descontaminar) el aire y el agua, si es que desea seguir creciendo.

— Las materias de base (metales, madera, petróleo, algodón) escasean cada vez más.

Beneficios y salarios se han lanzado a una carrera loca. Los primeros no pueden ganar; las nuevas inversiones sólo pueden resultar rentables si los trabajadores se vuelven cada vez menos exigentes en materia de ganancias y en lo

relativo a la «calidad de la vida». Hay que hacer una pausa en el crecimiento, que debe ir acompañada de un gran reordenamiento. El paro les enseñará a los obreros «el valor del trabajo», y a «esos jóvenes que han tenido una vida fácil», la disciplina y «lo que cuestan las cosas». 1974 será un año de recesión mundial.

Los patronos siguen preguntándose cómo conseguir que la gente acepte esta pausa cuando de pronto estalla la guerra del Kippur. No hay mal que por bien no venga: la crisis petrolera (real) servirá para enmascarar la crisis de los mecanismos capitalistas. (Igualmente real). Los petroleros cargan el acento sobre la penuria; circunstancia que aprovechan los Gobiernos para crear un clima de penitencia

y conseguir que los Parlamentos aprueben medidas antisindicales e impopulares. Se imputa a la escasez de petróleo una recesión que ni se podía ni se quería evitar, pero que ha resultado inevitable.

Al socaire de la penuria se saldan viejas cuentas: las compañías se vengan de los «malos clientes», los que les sacaban los precios más bajos: en primer lugar, las marinas mercantes (la flota japonesa, sobre todo, medio paralizada actualmente), seguidas por la industria química. En los Estados Unidos, los petroleros se aprovechan de un déficit energético que exageran adrede (lo han fijado en un 25 por ciento, mientras que en realidad no supera el 15 por 100) para tratar de desarmar a los ecólogos y partidarios de Ralph Nader. Así se con-

sigue la aprobación del oleoducto de Alaska, se tolera la utilización de combustibles sulfurados, se proyecta la construcción de nuevas refinerías que contaminarán la atmósfera, se eliminan los obstáculos que se oponían a la construcción de centrales atómicas, aunque los expertos de la Comisión de Energía atómica reconocen que por cada cien centrales construidas, son previsibles entre uno y diez accidentes graves cada diez años.

En una palabra, mientras que los Gobiernos explotan la crisis petrolera para combatir a los contestatarios sociales, los petroleros la explotan para reprimir las reivindicaciones cualitativas. En los Estados Unidos su estrategia es, si cabe, mucho más ambiciosa: las dos grandes compañías, Exxon y Gulf Oil, integradas en los gigantescos imperios tecnológicos, energéticos e industriales de las bancas Rockefeller y Mellon, están decididas a monopolizar nuevos sectores clave de la economía norteamericana. Confían en conseguirlo gracias a una depresión que debilitará a sus competidores y a un aumento considerable de los precios del petróleo, gracias al cual podrán fácilmente disponer de inmensos medios financieros. Para esos dos grupos, la destrucción de una parte de los capitales adversos es la condición de una nueva fase de crecimiento de la que ellos mismos serán los principales artesanos y beneficiarios.

En esta nueva fase, Europa y el Japón, zonas de energía cara y escasa, volverán a ocupar el puesto que realmente les corresponde: seguirán dependiendo de un petróleo árabe muy caro, cuando los Rockefeller y los Mellon hayan ya desarrollado nuevas fuentes de energía relativamente baratas: esquistos bituminosos, destilación del carbón, tecnología nuclear de punta.

Una ecuación insoluble

La crisis energética. No vayamos a pensar, sin embargo, que la crisis energética no es sino una maquinación de los grandes petroleros: éstos pueden aprovecharse, antes bien, de la crisis porque se trata de una crisis real. Recordemos aquí los datos citados por Louis Puisseux en «La energía y el desajuste postindustrial». Los noventa mil millones de toneladas de reservas de demostrada existencia, representan treinta y seis años de consumo en régimen de crecimiento cero y dieciocho años de consumo en la hipótesis (un tanto gratuita, pues no tiene en cuenta las necesidades del Tercer Mundo) de una progresiva desaceleración

del crecimiento mundial. En esta hipótesis optimista, sería preciso descubrir, durante la década de los ochenta, los noventa mil millones de toneladas que necesitará el mundo durante los años noventa, y habrá que descubrir durante esta última década los ciento veinte mil millones de toneladas suplementarias necesarias para cubrir las necesidades del decenio siguiente. Hasta el año 2000 no comenzará a «pesar» la energía nuclear.

A condición de sacrificar la vida marina y de invertir un billón de dólares en los diez años que vienen, no resulta del todo imposible encontrar petróleo suficiente para aguantar hasta que tome el relevo la energía nuclear. Pero si el problema energético es soluble a muy largo plazo, ¿lo es a plazo medio en Europa? Tal es la acuciante pregunta que todos nos hacemos. He aquí la respuesta:

Son precisos, aproximadamente, cinco años para explorar, equipar y convertir en plenamente explotable un nuevo yacimiento. Si es de difícil acceso (Siberia, Alaska, perforaciones en alta mar), el plazo puede ser más largo. Hacen falta entre cinco y diez años para hacer operativa la explotación de los esquistos y la gasificación de la hulla. Estos plazos tienen su importancia: significan que no se producirá antes de cinco años un fuerte crecimiento de la producción de petróleo y que la parte de que podrán disponer Japón y Europa tal vez disminuya todavía más.

Durante los cinco o diez próximos años, los Estados Unidos (y también la URSS) no podrán encontrar más que en el golfo Pérsico una parte del petróleo adicional del que tendrán necesidad. Ahora bien, los países árabes están decididos a no acelerar su ritmo de producción: los, aproximadamente, 900 millones de toneladas extraídos en 1973 (el 2,4 por 100 de sus reservas), representan un ritmo de extracción óptimo. Y estos 900 millones no serán siquiera suficientes (antes incluso de que llegue 1980) para satisfacer las necesidades de Europa (ver la tabla) ni, a fortiori, las de Europa, el Japón y los Estados Unidos, aunque se añadiesen 300 ó 400 millones de toneladas de petróleo iraní, que los americanos, sólidamente establecidos en el Irán, acapararán, sin duda, en gran parte.

NECESIDADES DE PETROLEO IMPORTADO
(En millones de toneladas)

	1970	1980	1985
Francia	85	155	220
Europa	500	965	1.200
Japón	190	470	750
EE. UU.	165	500	750

A partir de 1980, Europa tendrá una necesidad cada vez más urgente de los combustibles americanos (y soviéticos) extraídos de los esquistos y la hulla. Por esa razón ciertos países europeos preferirían (ya se ha visto en Copenhague) no indisponer a los americanos.

De muy difícil solución para Europa durante el período de 1985-2000, la ecuación energética es propiamente insoluble en Europa; por lo que se refiere a los cinco o diez próximos años, es inevitable una fuerte desaceleración del crecimiento.

Nos encontramos en un callejón de difícil salida: durante los cinco o diez próximos años será imposible el capitalismo del crecimiento y la opulencia, y durante los cuarenta años venideros, Europa no podrá ya, debido al coste de su energía, competir con los Estados Unidos en el terreno de la producción cuantitativa.

Sólo tres modelos de coches

Vencer el miedo. Pues bien, tanto mejor. El crecimiento cuantitativo se encuentra en un callejón sin salida, la lógica capitalista está en crisis, se hacen necesarias una nueva racionalidad económica y una nueva organización social. He aquí una ocasión histórica para las fuerzas anticapitalistas a condición de que sepan vencer el miedo.

¿Por qué habrían de temer la detención de un crecimiento basado en el despilfarro, en la sofisticación y el encarecimiento deliberado de los mismos artículos de primera necesidad? Sustitución del hierro blanco y el acero por el aluminio, que exige quince veces más energía. Sustitución de los transportes ferroviarios por los de carretera, que consumen seis o siete veces más energía. Bombillas eléctricas, tejidos, máquinas de rápido desgaste; sustitución de los objetos sujetos con pernos o tornillos por otros moldeados o soldados, es decir, de imposible reparación. Despilfarro del trabajo, de la inteligencia y la salud de los hombres: en todos los países industrializados, la esperanza de vida ha iniciado —por primera vez— un descenso: aumenta el índice de enfermedad, el desequilibrio nervioso y psíquico de los individuos.

Ya ha dejado de ser verdad la ecuación «más» igual a «mejor». «Más» puede equivaler a «peor». Se puede vivir mejor con mucho menos, a condición de que se distribuya de otra manera, de que se

produzca según las necesidades comunes a todos, no para crear en unos la ilusión de que pueden llegar a tener «más cosas y mejores que otros». Supongamos que cada inmueble colectivo dispone de dos o tres salas de televisión (una por programa), una sala de juegos para los niños, un taller bien provisto para los trabajos de mecánica o carpintería, una lavandería bien equipada: ¿para qué necesita usted, en ese caso, tener lavadora o televisión particulares? ¿Se molestaría usted en sacar su coche si hubiese una red de transportes colectivos cómodos que comunicasen su ciudad con los lugares de recreo, si hubiese parques de bicicletas y ciclomotores, etcétera?

Imagínese que la gran industria, centralmente planificada, se limitase a no producir más que lo necesario: cuatro o cinco modelos de calzados y vestidos que duren, tres modelos de automóviles resistentes y transformables, más todo lo que hace falta para los equipos y servicios colectivos. ¿Que todo esto es imposible en una economía de mercado? Sí. ¿Que habría un paro masivo? No: habría una semana laboral de veintete horas, a condición de cambiar de sistema. ¿Que todo sería uniforme y gris? De ningún modo, pues imaginemos lo siguiente:

Cada barrio, cada comuna, dispone de talleres, abiertos día y noche, equipados de las gamas más completas de útiles y máquinas, en los que los ciudadanos, bien individualmente, bien colectivamente o en grupos, producirán, fuera del mercado, lo superfluo, según sus gustos y deseos. Como sólo dedicarán veinte horas por semana (y tal vez menos) a producir lo necesario, los adultos dispondrán de tiempo suficiente para aprender lo que los niños aprenderán, por su parte, desde la escuela primaria: a trabajar los tejidos, el cuero, la madera, la piedra, los metales, la electricidad, la mecánica, la cerámica, la agricultura...

¿Una utopía? Puede, antes bien, ser un programa. Pues esa «utopía» en la que piensan y trabajan de modo muy concreto muchos americanos, corresponde a la forma más avanzada, y no a la más grosera, del socialismo: a una sociedad sin burocracia, en la que el mercado se debilita progresivamente, en la que hay bastante para todos, en la que la gente goza de libertad a la vez individual y colectiva para moldear su propia vida, para elegir el camino a seguir, para disponer además de lo necesario: una sociedad en la que «el libre desarrollo de todos sería al mismo tiempo el objetivo y la condición del libre desarrollo de cada uno». Marx dixit. ■